

el que reuniera estas tres formas; pero la antigüedad ha declarado siempre que eso era una cosa imposible, un sueño demasiado bello para realizarse.

Los modernos, decia Wilson, han hecho un progreso respecto de la antigüedad hallando el sistema representativo. Con una representacion puede la aristocracia conservar su lugar sin ser tiránica, y la democracia tiene la suya sin que el número lo sea todo. Se pueden asociar estas diversas fuerzas para el bien comun y limitarse una por otra la monarquía, la aristocracia y la democracia, que hasta ella misma tiene necesidad de ser moderada para no arruinarse por sus propios excesos. Este sistema, decia Wilson, no ha sido aplicado sinceramente en ninguna parte. En Inglaterra se tiene un rey, pero este rey pretende no representarse sino á sí mismo y tiene aun algunas teorías de derecho divino; la aristocracia inglesa pretende tambien representarse á sí misma, lo cual no es tampoco una representacion nacional, puesto que el par de Inglaterra obra tan por su cuenta que ni aun puede votar por procuracion.

Pero en el día, decia Wilson, entramos en la verdad de las cosas. El poder ejecutivo tendrá su accion, pero será una delegacion; la aristocracia tendrá la suya y será igualmente una delegacion del pueblo, lo mismo que la cámara de los representantes; solo nosotros seremos los que por primera vez hayamos aplicado fielmente el principio de la representacion. Así nuestro gobierno será como una pirámide, con la diferencia de que en la pirámide política, habitualmente la cúspide aplasta la base, y entre nosotros habrá una corriente de vida popular que circulará desde la base á la cúspide: que partirá del pueblo y volverá á él.

«Adoptemos este sistema, exclamaba Wilson terminando, y me parece que podremos prometer la seguridad, la estabilidad, la tranquilidad á los gobiernos de los Estados particulares. Ni se verán expuestos á las contiendas de territorio ni á ninguna otra causa de agitacion y guerra. Tendremos un tribunal que pronunciará justa y pacíficamente sobre todos los pleitos. Habremos realizado el sueño de un gran rey de Francia, Enrique IV, fundando un sistema político que abrace una vasta union de territorios unidos en paz bajo un mismo jefe que pueda arreglar todas las diferencias sin destruir la raza humana.

»Los Estados no pueden hacerse la guerra; el gobierno general es el supremo árbitro de sus querellas; toda la fuerza de la Union se conjura para hacer entrar en razon al agresor. ¡Gran beneficio

conseguido en cambio de la soberanía vacilante y querellosa de los Estados!

»Por mi parte, al contemplar este sistema, me pierdo admirando su grandeza. Al adoptar un gobierno elevamos templos á la libertad en toda la tierra. Del éxito de la América en este combate por la libertad dependen los esfuerzos de los hombres valientes é ilustrados de los demás países. Las ventajas no se limitarán á los Estados Unidos, sino que arrancarán de la Europa los nobles corazones que suspiran por la libertad. Los principes, para conservar sus súbditos se verán obligados á concederles una parte de los derechos que desde hace muchos siglos les tienen usurpados, y de este modo serviremos á los grandes designios de la Providencia, favoreciendo la multiplicacion de los hombres, su progreso en inteligencia y en felicidad <sup>1</sup>.»

Magníficas esperanzas que entre nosotros pudieron creerse realizadas en 1789, y que á pesar de nuestras culpas permanecen siendo verdaderas. Sí, el mundo es solidario, y nada de lo que pasa en los demás pueblos es extraño para nosotros. Esta solidaridad de las naciones es una cosa que nos sorprende más cuanto más estudiamos la política. No se puede emancipar á un pueblo ó reducirle á la esclavitud sin que la humanidad entera no se aproveche de su libertad ó sufra por su opresion.

Los economistas han reconocido que las riquezas del vecino eran nuestra propia riqueza y que la ruina del extranjero era nuestra propia ruina. La crisis del algodón es una cruel demostracion de esta verdad por largo tiempo desconocida. En Inglaterra y Francia millares de obreros han sido víctimas de la guerra civil de los Estados Unidos. Pero esto no solamente es una verdad en economía política. La libertad es tambien de provecho comun. No se puede impedir que los pueblos aprovechen su mútua experiencia ni que el provecho del uno sea tambien beneficioso para el otro. Si la libertad hace un progreso en Inglaterra este progreso no queda confinado en aquella nacion. El abuso suprimido en Francia aparece más visible en Italia, y de este modo van los pueblos aligerando el peso de la vida y marchan juntos á un porvenir más lisonjero. El bien del uno es el bien de todos; el mal de cualquiera de ellos trasciende á los demás. Hé aquí una de las grandes verdades que resaltan en el Evangelio y que la ciencia moderna comienza á señalar.

<sup>1</sup> Eliot, *Debats of the Convention*, tom. II, pág. 397 y sigs.

Esto es lo que en nuestro concepto nos autoriza á ser justos con un hombre de mérito olvidado y olvidado injustamente. El haber señalado esta fecunda verdad es bastante motivo para ocupar un lugar en la ciencia y en la historia.

El último de los hombres de Estado de quien vamos á ocuparnos nos toca más de cerca, y, aunque no corre por sus venas la sangre francesa su carácter tiene mucho de francés. Se llama Gobernador Morris. Este nombre de Gobernador es bastante raro, pero como saben sin duda nuestros lectores, en Inglaterra es costumbre dar á los hijos nombres que evoquen recuerdos, y nosotros hemos visto en el Norte América preciosas señoritas que se llamaban La Fayette.

Morris habia recibido el nombre de Gobernador porque su padre fué Gobernador de la Nueva-Jersey. Nació en 1752 en el Estado de New-York, en la morada paterna llamada Morisiana.

Los Morris eran una antigua familia del Estado de New-York.

Desde muy jóven se dedicó al foro, y en 1775, á los veintitres años, le hallamos siendo miembro del consejo provincial de New-York. En 1778 fué enviado al Congreso continental, donde solo permaneció dos años siendo en ellos muy sospechoso y muy celado, para lo que habia dos razones: una que la historia indica y otra que no dice. La primera es que Morris pertenecía á una antigua familia de *lealistas*; todos sus parientes eran afectos á Inglaterra, y Gobernador Morris, que queria mucho á su madre, no temia pasar las líneas inglesas para ir á verla, lo que le comprometia singularmente con los demás patriotas. Pero hay otra razon aun más sensible. Morris era un hombre de mucho talento, y en lugar de ocultar su genio le empleaba en burlarse de todo el mundo, y cuando esto se hace se hiere á dos clases de personas que componen la humanidad entera: los hombres de talento, que no gustan de que se burlen de ellos, y las medianías que les gusta ménos aun. De aquí resultó que Gobernador Morris no tuvo toda la influencia que debia asegurarle su talento nada comun, concluyendo por dejar á New-York y estableciéndose en Filiadelfia en 1783, donde pronto se distinguió volviendo al Congreso y haciendo un gran papel como hacendista, como diplomático y como hombre político.

Fué quien propuso establecer el sistema decimal para las monedas norteamericanas mucho antes de que nosotros pensáramos en nuestra reforma y su proyecto fué aplicado por Jefferson algunos años más tarde, en 1795, desde cuando el dollar, como es sabido, se divide en cien partes.

Como político desempeñó un papel bastante importante en la Convencion federal. Tambien era jóven y como tal decia con su habitual vivacidad que veia aun en la asamblea restos de opiniones coloniales, pero que esperaba que en la generacion no quedarian más que norteamericanos. «Nosotros, decia, no podemos matar al viejo dragon, pero es preciso arrancarle los dientes,» en otros términos, queria fundar la Union norteamericana y debilitar las soberanías locales. Por sus ideas políticas era lo que se llama en el buen sentido de la palabra un aristócrata; desconfiaba de la democracia; creia que si se daba toda la autoridad á las masas, la propiedad misma se veria amenazada y que no seria buena la condicion de los hombres que trabajan y piensan. Queria un Senado vitalicio, un poder ejecutivo vitalicio igualmente, condiciones para el censo electoral y hasta para la representacion. Estas ideas le acercaban mucho á Hamilton, quien quiso asociársele cuando publicó las cartas del *Federalista*. Gobernador fué mal juzgado por estas ideas y hasta un poco calumniado cuando pasó el poder á manos de otros hombres. Las democracias no tienen piedad con los que no las adoran y ni Jefferson ni sus amigos han sido tan justos como fuera de desear con Hamilton y Morris.

Cuando se leen los escritos de estos patriotas se vé que eran tan patriotas como Jefferson y no ménos republicanos, aunque de otra manera. Eran ingleses establecidos en el Nuevo-Mundo, convencidos de que allí no era posible más que la república, pero querian darla condiciones de estabilidad y de seguridad que aproximasen la Constitucion norteamericana á la Constitucion inglesa, en lo que nos parece que iban demasiado lejos. En este país nuevo era necesario que la democracia ocupase un lugar más distinguido, más amplio; pero tampoco era ménos cierto que se necesitaba hacer más de lo que parecia por la seguridad y la unidad, sin lo que el día ménos pensado se veria amenazada la libertad y con ella la union.

Gobernador Morris recibió en la Convencion un homenaje á su talento de escribir, siendo el encargado de redactar la Constitucion y justó es consignar que lo hizo en tan buen estilo y con tanta exactitud, que forma el más hermoso contraste con el embrollado lenguaje de los ingleses. En la constitucion norteamericana no se dice sino lo que se debe decir y eso en estilo de legislador.

Esto es cuanto tenemos que decir de Gobernador Morris como hombre político. Hablemos ahora del diplomático. En 1789, Gobernador Morris fué á Francia despues de un terrible accidente.

Se rompió una pierna cayendo de un coche y el médico demasiado dispuesto á hacer la amputacion, se la cortó aunque podia haberla conservado y vino á Francia con su pierna de palo, que le hizo ser considerado como un héroe de la guerra norteamericana. Llegó á Francia poco antes de la Revolucion, y más tarde, en 1792, Washington le nombró embajador cerca de la corte de Francia. Nada hay tan extraordinario como la carta en que le anuncia su nombramiento. Nadie vió nunca reír á Washington; pero Gobernador Morris con su talento y su familiaridad tenia tal ascendiente sobre el general que la carta á que nos referimos se resiente de él y es sin duda el escrito más festivo que salió de su pluma.

Tenemos el diario de Gobernador Morris, y cuando se desee hacer una historia de la Revolucion francesa que no esté escrita bajo el punto de vista del progreso fatal que justifica el crimen por el crimen, cuando se quiera escribir una historia imparcial se puede recurrir á Morris, que extranjero y sin pasion, pero con la experiencia de las revoluciones, seguia con inquieta mirada los primeros pasos de la Asamblea constituyente. A los pocos dias de estar en París comprendió el movimiento de la reunion de las tres órdenes y comenzó á dudar del éxito. Veia que los directores deseaban establecer en Francia una libertad á lo norteamericano pero se olvidaban de una cosa esencial para lograr sus fines: se necesitaba un pueblo norteamericano. Las observaciones finas abundan en sus escritos: «Reducís el poder monárquico á no tener más que veto suspensivo, y esto es un absurdo; quereis una cámara única y os dará por resultado la tiranía.» Estas palabras admiraban extraordinariamente. Faltaba la costumbre de oír hablar con esta vivacidad á un americano, á un hombre que se habia propalado de antemano que seria un apoyo de La Fayette. El mismo nos refiere un caso que le sucedió yendo á Versailles, donde se quedó á comer en casa de Madama Terrés, tia de La Fayette y su íntima amiga, á quien el general escribió sus preciosas cartas.

«Durante la comida, dice el Gobernador Morris, estuve al lado de La Fayette, y me dijo que yo perjudicaba á la causa y que mis opiniones se citaban continuamente como contrarias al buen partido.

»Yo aproveché esta ocasion para decirle que soy el enemigo de la democracia porque soy amigo de la libertad. Veo que van derechos al abismo y quisiera detenerlos. Añado que sus miras sobre la nacion no están conformes con los materiales de que la nacion se

compone y que la mayor desgracia que puede suceder es que se les concediera lo que desean.

»La Fayette me dice que comprende que su partido es loco y que él se lo dice; pero que no por eso está ménos decidido á morir con sus amigos.

»Yo le respondo que más valdria traerlos al buen camino y vivir con ellos..... Si el tercer estado es moderado, saldrá adelante; pero si es violento se perderá fatalmente.»

Poseemos cartas de norteamericanos de todos matices que han seguido la Revolucion francesa. Washington y Hamilton la han juzgado desde léjos; Jefferson, el jefe del partido democrático la ha juzgado en París; Gobernador Morris, el aristócrata la ha examinado en su sitio. Ni uno solo ha creido en el éxito de nuestra revolucion. En octubre de 1789, en una época en que no podia conocer los acontecimientos de Versailles, Washington escribiendo á Morris le dijo: «Deseo engañarme, pero si no he comprendido mal á la nacion francesa, se verterá mucha sangre y un despotismo peor que el que se alaba de haber derribado.» Hé aquí las palabras de Washington.

¿En qué consiste esta seguridad de juicio, este golpe de vista? En que el pueblo norteamericano tenia la experiencia de los gobiernos libres. En un gobierno libre se ama la libertad, pero se siente la necesidad de una autoridad fuerte que sostenga el respeto á las leyes y la seguridad. El orden es el contrapeso necesario de la libertad. Lo que admiraba á los norteamericanos en nuestra Revolucion es que no veian en ella ni una sombra de fuerza conservadora de la paz. Francia rompía sus trabas seculares y para asegurarse la libertad anonadaba el poder. Habia libertad para todos, autoridad para nadie, y esto tiene un nombre muy triste. Esto se llama anarquía.

Hé aquí lo que constituye el mérito de la constitucion norteamericana. Hecha por un pueblo que no reconocia otra soberanía que la suya, la Constitucion sin embargo ha sabido, en interés de la libertad, dar al poder una parte suficiente, asegurar un lugar á la aristocracia natural del talento y del trabajo, y resolver así el problema que la antigüedad habia entrevisto, pero solo para desesperar de su posibilidad.